

CASI, CASI, PERO...

por RAMÓN ZUBIALLA MONROY-VILA

Si yo me considerase con talento suficiente atacaría con decisión la idea de escribir un poema que se titulase «La Lorquiada» y un Ensayo en el que tratase de descubrir cuál es la causa de que fracasen en este mundo las ambiciones nobles y dignas.

Viene esto a cuento, porque yo, que soy un gran admirador de Federico García Lorca y de cualquier manifestación del arte, me he encontrado sorprendido por una noticia que ha llegado a mí demasiado tarde. Y digo demasiado tarde, no porque yo hubiese podido remediar en algo lo ocurrido, sino porque efectivamente ha llegado a mi conocimiento con bastante posterioridad al momento en que se produjo. La noticia en sí, escueta y rápida, es la siguiente: «La Agrupación de Teatro de Cámara y Ensayo de Talavera de la Reina, «El Candil», montó para el mes de Mayo la obra de Federico García Lorca «Retablillo de Don Cristóbal», y a última hora no pudo ser representada porque se encontraron obstáculos, ajenos a la voluntad de la Agrupación, imposibles de vencer». Estas son, exactamente, las palabras que personas autorizadas cerca de «El Candil» han pronunciado para sacar de su sueño a aquéllos que habían creído de buena fe que podrían conocer al fin una obra del cantado autor. Y ahora, yo me permito preguntar a «El Candil»: ¿Solamente ha dependido de cuestiones ajenas a vuestra Organización la no salida al tablado de la obra de Lorca? ¿No dependerá también en parte de que os habéis dormido en la tramitación de ciertos asuntos al margen de la representación? No me toméis a mal estas preguntas y tratad de contestáros las a vosotros mismos, de modo que podáis encontrar una solución que no permita que el presente caso se repita.

Pero ya que no habéis podido salir a la luz pública en esta ocasión, permitidme que de todos modos realice mi cometido como si hubiese ocurrido en realidad.

«El Retablillo de Don Cristóbal», es una pieza corta que, sin al parecer gran trascendencia, pone de relieve las ilusiones lógicas de cada madre por casar a su hija, poniéndola como un dechado de perfecciones ante el viejo solterón, rico y poderoso, que después se da cuenta de que la palomita que va a entrar en su hogar sabe ya demasiado de la vida. Nada de mensajes, nada

de importancia oculta en los resquicios literarios del autor. Todo claro y diáfano. Y, sin embargo, todo poesía, todo naturalidad y humanidad. Es una farsa de guñol, y como tal, sus personajes son simples muñecos, movidos por los resortes que manejan las manos misteriosas y ocultas del Stromboli de turno. Unos muñecos humanos, que regidos en su actuación por el director del teatrillo, comienzan a aparecer sin ton ni son, tratando de inventar ellos mismos la historia. Así, el Poeta con sus consideraciones particulares —armoniosas y delicadas por demás—, trata de salir al paso de la afición realista del autor. Y trata de indicarle que «si quisiera, Rosita podría convertirse en un hada que navegase por el mar de las estrellas». Si por él fuera, todo se idealizaría, todo se reduciría a un amor inmenso por los seres, por las cosas, por toda la creación. Pero el director no le hace caso, y Rosita, como no le ha oído, va a tratar de casarse con Don Cristóbal, mientras la madre de aquélla sólo hace echar leña en el fuego del amor del viejo gruñón y rico, a la vez que trata de ocultar los amores de su hija con Currito y con el militar, con el Enfermo y con el Poeta.

Hasta que al final Don Cristóbal se entera y se arma un lío de garrotazos suficiente para que el director intervenga y determine el término de la función.

Desde el principio al fin, rueda por esta pieza toda la poesía que Lorca ha desplegado durante su vida. Los conceptos son ricos, armoniosos y rígidos.

El lenguaje, sencillo, sacado de la vida misma, y por lo tanto, a veces, un poco duro para todos aquéllos que tienen el oído acostumbrado al «buen escuchar» y el ojo al «mal ver». Porque como dice el director, hay que perdonar a los personajes sus «palabrotos» en aras de una mayor fidelidad. Y yo pienso que no sólo hay que perdonarlos, sino acogerlos como lo que son, como una manifestación llana y sencilla de todos aquéllos que no saben expresarse más que con sinceridad.

Hay que lamentar, efectivamente, que esta obra no llegase a ponerse en escena, porque ausentes algunos elementos valiosos de «El Candil», era la oportunidad adecuada para dar salida a «los nuevos». Y se han quedado a la puerta. Así, todos los que intervenían se han quedado esperando. Y nosotros también. Sabemos que no es la culpa de «El Candil» en cuanto a la solución tomada se refiere. Pero estoy seguro de que habrá medios para que no vuelva a ocurrir. Y por el momento no hay más que conformarse con saber que muchos se asustan de las palabras, pero se divierten con los hechos; que no pueden ver una obra en que se censure un vicio —para lo cual es necesario exponerlo—, pero se divierten viendo una película de «gansters» o de guerra.

Y felicito al «Candil», porque tuvieron un gran acierto al insertar en los programas —esos programas que no salieron— esta frase de Miguel Unamuno: «Una cosa es la cultura y otra la luz. Eso es lo que hay que tener: Luz».

